

NOTA

SILVIO ZAVALA: EN SU HOMENAJE

Antonio Saborit

Centro de Investigación y Docencia Económicas

Silvio Zavala llegó a la Universidad Central de Madrid en la primavera de 1931. Tenía 22 años de edad y una beca del gobierno para cursar el último año de la licenciatura en derecho. De inmediato, ante la proximidad de las cortes que habrían de dar la estructura legal en la cual se movería España, él se propuso dar testimonio sobre la pública fragua de su Constitución, así como de la cultura y la “vida íntima” del país bajo la revolución que derribó a la monarquía e instauró la República. Nervio narrativo e intención aparte, de esto están hechos los 15 artículos reunidos bajo el título de *Primeras jornadas*,¹ la mayoría de los cuales vieron la luz en las páginas del diario *El Nacional*.

Ya entonces Zavala entendía que las culturas modernas no eran más que “simples hechos desligados de un fin trascendente”, acaso porque la propia “organización huma-

¹ Silvio ZAVALA, *Primeras jornadas, 1931-1937*. Edición e introducción de Andrés Lira, recopilación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 2009.

na” ni “procura la felicidad del hombre” ni “está hecha para eso”, como escribió en su primer despacho al *Nacional*, inspirado tanto en las reflexiones de Oswald Spengler como en la narrativa de Wladyslaw Reymont. Aun así, en provecho del testigo accidental en que lo convirtió la historia del siglo xx, Zavala presenció la sola posibilidad del nacimiento de “una nueva forma de vida, con una cultura nueva también”, que representó la República para España. Hoy es fácil perder de vista la trascendencia de esta oportunidad, así como el interés que despertó el florecimiento de la cultura española en un estudiante mexicano de derecho, convencido por otra parte de la capacidad civilizatoria del poder organizador de la ley. No fue el único entusiasta, desde luego, como se puede leer en la recreación novelística que realizó hace poco Eva Díaz Pérez en *El club de la memoria*. O mejor dicho, no fue el único mexicano al que entusiasmó el *ethos* republicano en España, pues al tiempo que el joven Zavala escribía sobre la “actualidad de las cosas viejas” y el horizonte de esperanza en el país, Marius de Zayas, 30 años mayor, asimismo se sumía seriamente en el estudio del flamenco —de donde se lanzó a trabajar con las guitarras de Manolo de Huelva y Ramón Montoya, más la célebre bailarina Encarnación López Júlvez, apodada *La Argentinita*.

Un espíritu ajeno del todo al actual desahucio de la educación animaba entonces a España. Y bajo su sombra Zavala reunió el entusiasmo necesario para hacer cuanto se propuso: concluir el ciclo de la licenciatura en derecho, tomar el camino de la historia, obtener el grado de doctor en derecho en 1933 con la tesis “Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España”, y emprender la formación de dos monografías más ya en calidad de investigador en la

sección americanista del Centro de Estudios Históricos de Madrid, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y *La encomienda indiana*, publicadas en 1935. El estudio introductorio de Andrés Lira recuerda que en ese momento Zavala empezó a trabajar dos temas que lo acompañaron a lo largo de su vida profesional: “la historia del trabajo de los indios en América, particularmente en España, y la obra de Vasco de Quiroga, comenzando por su *Información en derecho*, cuya incidencia crítica y constructiva arroja luz sobre la trama institucional de la que Zavala se ha ocupado en diversas obras”.

El levantamiento militar del verano de 1936 y la posterior guerra civil en defensa del gobierno legítimo de Manuel Azaña frenaron de manera más que dramática el renacimiento cultural español iniciado a finales del siglo XIX —una de cuyas señales de identidad fue el reconocimiento y la admiración de la singularidad americana—. De ahí el intempestivo regreso a casa de Zavala, en primer lugar, y sus primeros pasos en el ámbito de la investigación histórica en México al incorporarse al equipo de Luis Castillo Ledón en el Museo Nacional —en donde se tiró de cabeza sobre la correspondencia oficial de Francisco del Paso y Troncoso entre 1892 y 1916, durante su larga misión en Europa—, y al empeñarse en crear el espacio editorial especializado que fue la *Revista de Historia de América*. De ahí también el inicio de la correspondencia con su maestro, Rafael Altamira, a quien en un principio ayudó a buscarle nueva casa a un título viejo de máximas. “En realidad, el libro es el depósito de todos mis pensamientos sobre las cuestiones fundamentales de nuestra vida espiritual y que no han logrado expresión en mis otras obras, por falta de tiempo de mi parte”, escri-

bió Altamira a finales de 1937. “Representa, pues, mi Ideario sobre Moral, Educación, Política interna e internacional en su más alta acepción, Religión, etcétera. Quien sólo me conoce como historiador —y son casi todos— hallará en él muchas sorpresas, cuyo valor, naturalmente, yo soy el menos calificado para juzgar, pero que en todo caso, representa mi Filosofía personal, y mi experiencia de la vida.” Llama la atención el lugar que ocupa en la correspondencia la suerte mexicana de este libro, la que lo ubica en un lugar no menos relevante que las tareas históricas de Altamira, como su técnica y su manual de la investigación en la historia del derecho indiano, por ejemplo, o sus artículos para la *Revista de la Universidad* o para la propia *Revista de Historia de América*. El mismo Silvio Zavala bien pudo ser quien logró acomodar varias de las máximas y reflexiones de Altamira en las páginas de *Cuadernos Americanos*, primero, y que se reimprimieran como *Máximas y reflexiones*, tanto en México como en Buenos Aires, por la Casa Unida de Publicaciones y la Librería La Aurora, en 1946. Acaso no sea preciso abundar en que el interés de Altamira en este libro suyo venía animado por el deseo de arrojar su mano en un medio desgajado por la guerra interna.

En cambio sí es necesario enfatizar esto otro. Mientras Silvio Zavala trabajaba en su gabinete del Museo Nacional en un volumen imprescindible en la formación de cualquier historiador, como lo es su edición de la apasionante correspondencia de Francisco del Paso y Troncoso en los años en que formó una colección que sigue dando trabajo a muchos como *Papeles de la Nueva España* y se esmeró en concluir su malograda edición del Códice Florentino, en las comunicaciones de Zavala con su maestro Altamira, se empe-

zaba a formar a la vez un nuevo volumen, o mejor dicho, un capítulo más en la historia moderna del oficio de historiar en México. Esta es la clave en la que se puede disfrutar mejor un título como *Exilio político y gratitud intelectual*.² Un Altamira inédito asoma en estas páginas, anclado en una Europa en llamas y obligado a poner a los suyos a salvo de los lobos, y aun así con la cabeza despejada para escribir lo propio y reconocer el mérito de los empeños del joven Zavala, a quien dice a principios de 1939: “En rigor, la única cuestión que hoy por hoy, me parece que puede atacarse con probabilidad de respuesta fundada, es la de si, con los jornales (en especie o en dinero) que recibían, y dado el coste de la vida de entonces y las necesidades fundamentales de cada comarca, podían vivir mejor o peor aquellos hombres. El objeto que persigue todo hombre en el aspecto económico es ése, ayer como hoy, y será siempre ése, creo: ganar lo bastante para vivir bien; lo cual está en razón directa del coste de la vida en cada momento, del poder adquisitivo de la moneda de entonces, y del horizonte de necesidades que cada generación se plantea”. Cuesta trabajo establecer ahora ese mismo horizonte de necesidades que la generación de Altamira podía plantearse al fin de los novecientos treinta. Téngase en mente que como el levantamiento militar alcanzó a Altamira en Bayona, siendo miembro de la Corte Permanente de Justicia Internacional con sede en la Haya, ni era un refugiado ni estaba en condiciones de contar con garantías en España, tal y como se lo explicó Silvio Zavala a un

² *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*, edición y estudio preliminar de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 2012.

alto ejecutivo de la Fundación Carnegie al interceder por su maestro en 1942. “Sus ideas liberales tampoco creo que estén de acuerdo con el actual sistema político de España”, agregó. De ahí que sea preciso reconocer que sin la generosidad y la perseverancia de Silvio Zavala el propio Altamira ni siquiera habría podido imaginar con la mínima serenidad ese mismo horizonte de necesidades. Y por este solo motivo, porque de eso están hechas las cartas entre dos profesionales del pasado anclados en su presente, este libro es en verdad una fuente imprescindible.